

Religión

¡POBRE

MADRE!

¡SEIS HIJOS!

Pobre señora de Healy! ¿Sabe que ya tiene otro?

—¡No me diga! ¿Y cuántos van con éste?

—Por lo menos media docena. Aunque parecen un centenar porque son todos casi del mismo tamaño.

—¡Dios mío! ¿Cómo se las arreglará para desempeñar el cuidado de todos? ¿Ella sola hace todo el trabajo de la casa?

—Sí, no tiene sirvienta. ¿No le parece espantoso? ¡Y en este siglo!

—¡Pobre...! ¡Pobre señora de Healy...! y mientras siguen los comentarios acompañados de meneos de cabeza, detengámonos un instante para averiguar quién es y qué le ocurre a esa buena señora que despierta tanta compasión entre sus vecinas.

¿Quién es? Yo soy la señora de Healy. Les voy a contar toda la historia porque parece causar asombro el hecho de que una mujer normal, de posición económica y social ni mejor ni peor que muchas otras haya tenido el valor de ser madre por sexta vez; quizás para ustedes sea también motivo de comentario, a no ser que se encuentren en idénticas condiciones. En este caso todo esto es historia archiconocida.

Claro está que yo no oí en realidad

las conversaciones que terminaban en un suspiro compasivo. Sólo he oído alguno que otro comentario y el gesto resignado cuando he anunciado: "Voy a tener otro hijo". ¡Qué significativas las miradas, las voces, aun las risitas! También había preguntas muy directas: "¿Hace usted todo el trabajo de la casa?" "¿A cuánto asciende la cuenta del lechero?" "¿Cómo se las arregla para calzar y vestir a todos?" "¿No teme envejecer antes de tiempo?"

Los que no comprenden que un matrimonio reciba con alegría cada hijo que llega, conocen estas preguntas. Si nunca las han formulado de viva voz, por lo menos las han dejado vagar por su mente alguna vez. Los que son padres de tres o más hijos también las conocen. Las han oído muchas veces en el vecindario. ¡Pero también conocen las respuestas!

Mi marido y yo somos seres físicamente sanos e inteligentes. Ambos pertenecemos a familias que han vivido en los Estados Unidos durante más de dos generaciones; descendemos de participantes en la guerra de secesión, en la hispanoamericana y en las dos guerras mundiales. Entre ambos hemos coleccionado unos cuantos diplomas y títulos universitarios. Uno de mis títulos, M. A. (master of arts) ha sufrido cierta metamorfosis y me dicen MAMA. Vivimos en una vieja casa solariega, que tiene un gran patio cercado, donde hay árboles para trepar y para sostener las hamacas. No sé cómo, pero siempre logramos pagar nuestras cuentas y mantener presentable a toda la familia, adecuadamente vestida. Están tan limpios como puede estarlo cualquier otro niño o niña de edad y tendencias similares. Nuestra hija mayor está en el primer grado en la escuela y la menor en la cuna. ¿Se imaginan ustedes el cuadro?

"Esa pobre señora de Healy con tantos chicos..." pero hago constar que la frase no es mía. Yo me considero una mujer muy dichosa. Hay en el cuidado de mis chiquillos una satisfacción tan profunda que no puede ser igualada por ningún placer superficial. Criando a mis hijos, cuidando de ellos, tratando de ser una buena madre, aspiro a conquistar el mejor puesto, sin exceptuar el que derive de carrera alguna.

En vez de sentir autocompasión, me

pregunto a menudo qué habré hecho yo para ser tan afortunada y merecer la suerte de vivir como vivo. Es difícil expresar con palabras lo que siento. A quien lo pida le enviaré una fotografía de mis hijos. Y aún así, no tendrán una idea completa, porque allí no se podrá apreciar el azul profundo de los ojos de Timmy, ni el hoyuelo en las mejillas de Jim, para no mencionar el sereno aplomo y la seriedad de una niña de seis años con el pelo recogido en dos trencitas, ni las diabladuras de los mellizos de tres años. La encantadora Catalina Verónica en tan nuevecita que merece capítulo aparte.

Cuando hace ocho años contraí matrimonio, tanto mi marido como yo deseábamos que hubiese niños en nuestro hogar. Porque no puede darse mayor prueba del cariño mutuo que ese deseo expresado de tener hijos. Es para una mujer un cumplido mucho más grato que su marido le diga que le gustaría tener una nena "con el cabello como el tuyo" y no que poéticamente compare esos cabellos con los reflejos lunares. Es muy fácil hacer cumplidos pero es mucho mejor hacerlos en forma de pagos a una maternidad o sanatorio. Ello es prueba de que el hombre no sólo ama a su esposa, sino que desea perpetuar en un monumento vivo ese cariño, y que la considera tan capaz de ser buena madre como esposa.

Esta es una experiencia mucho más emocionante y conmovedora que el noviazgo. Por primera vez iba por la vida acompañada. Por muy feliz que uno sea en los días que preceden al matrimonio, siempre son días de inquietud, de incertidumbre, de espera. El matrimonio y el sentirse madre en potencia constituyen el sueño hecho realidad.

María Ana fué nuestra primogénita. No fué más que verla y convertirnos mi marido y yo en el prototipo del matrimonio que por primera vez debe afrontar las responsabilidades de la paternidad. Por cualquier insignificancia, al menor lloriqueo, creíamos que se nos moría. Cada cinco minutos estábamos en el teléfono para desgracia de nuestro paciente médico. El pequeño ajuar era precioso, pero nada práctico, y no teníamos la mínima idea de cómo debían hacerse las cosas más esenciales. Seguimos al pie de la letra las indicaciones de nuestro Manual para el cuidado del niño.

Con el libro sobre la mesa de cocina,

estirilizábamos una y otra vez las maderas, chupetes y tapones de goma. Durante un mes después del nacimiento de María Ana tuvimos en casa una mujer de edad cuya sola presencia parecía aumentar la confusión reinante, pues recibíamos con desconfianza cualquier sugerencia suya. Esta era nuestra nena, y no podía tratársela igual que a los demás bebés que ella había cuidado. Cuando la buena mujer nos dejó para que nos arregláramos como pudiéramos, nos encontramos muy a gusto. Tuvimos que hacer frente a la situación, haciendo experimentos, hasta que el anuncio de la llegada del segundo hijo nos mostró la necesidad de ser más prácticos, y entre otras cosas, de comprar una máquina de lavar, y nos obligó a emplear métodos más convencionales y corrientes en el cuidado de María Ana. Y entonces ocurrió lo imprevisto. Nació Timmy y mi marido perdió su empleo. Pero nosotros creemos aquello de "cada hijo trae un pan bajo el brazo". Mi marido encontró otro empleo mejor y más remunerado, y a pesar de que el gráfico de nuestras finanzas mostraría muchos altibajos, cada cumpleaños podría ser representado por un ápice pronunciado.

Mis días de aprendizaje en lo que se refiere al lavado de ropas infantiles pertenecía al pasado; y en pocos minutos tendía un montón de ropa blanca y suave; capaz de satisfacer al más exigente, o mejor dicho, a los niños, pues en seguida sufren erupciones y otras molesias si el lavado no es de primera. Y así seguimos alegremente nuestro camino; y mientras yo aplastaba papas y zanahorias para el puré de María Ana, ella hacía lo propio con los juguetes para distraer y entretener a su hermanito.

Y llegó Jim. El pobre tuvo que abandonar temprano la cuna, pues a los once meses llegaron los mellizos. ¡Lo que fué aquello! Por un tiempo todo anduvo revuelto. Había que preparar dieciséis maderas diarias; dos de ellas que debían darse cada tres horas, día y noche. Al fin de seis semanas había visto yo desfilar por nuestra casa una procesión de ayas, más incapaces que las propias criaturas. La última murmuraba al salir: "Los pobres no debieran tener hijos", pero era dinero de pobres el que guardaba en su bolso al cruzar el umbral.

Y de nuevo estaba sola, contando únicamente con la ayuda que podía pro-

porcionarme mi marido. Tenía él en esos días otro nuevo cargo, pues en la época de la crisis tomaba y perdía los puestos con tanta celeridad, que nos hubiese asustado de haber tenido tiempo para pensar y preocuparnos por ello. Los que veían a los mellizos cuando tenían poco más de mes y medio, se asombraban y exclamaban: "¿Pero son siempre tan buenitos?" ¡Buenos! Si los pobrecitos no tenían oportunidad de ser de otra manera. Junto con los demás los bañaba, los vestía, les daba el aceite de hígado de bacalao, luego el biberón y a dormir antes que tuvieran tiempo de abrir la boca para lanzar un chillido.

Catalina Verónica dejó descansar tres años la cuna antes de llenarla con su adorable personita. Tres años en los que supe lo que era extrañar la presencia de un bebé. Cada edad tiene encanto particular, pero de manera especial el recién nacido, tan pequeñito e indefenso.

Aun no he dominado el arte de jugar al bridge. Tampoco bailo muy bien la

rumba. Pero puedo decirles cómo empieza una criatura a formular las primeras palabras, cómo la inteligencia infantil razona e infiere y cuán deliciosamente bambolea al intentar los primeros pasos. También puedo describir la dulce emoción que se experimenta al guiar esas manos para hacer la señal de la cruz.

Cabe resumir en lo que sigue.

El día se compone de veinticuatro horas. Son tantas las cosas que hay que hacer que no pueden acomodarse a esas horas. Entonces lo resuelvo así: Leo solamente los libros que quiero recordar, pasando por alto muchos libros que son sensación del momento. Conservo sólo aquellos amigos que gustan de compartir con nosotros sus horas libres conversando o escuchando música junto a la luz del hogar. A los otros no hay necesidad de evitarlos, pues no se acercan a nosotros. Ellos van y vienen por nuestras calles repitiendo el estribillo:

"Pobre señora de Healy".

MARY LANAGAN HEALY

